

LA POTENCIA BRASILEÑA EN EL CONTEXTO SUDAMERICANO DEL SIGLO XXI

Bajo el Volcán núm. 19, año 12, periodo septiembre 2012-febrero 2013, pp. 157-160.

Octavio H. Moreno

Politólogo y estudiante del Posgrado de Sociología en el Instituto de
Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vélez Pliego” de la Benemérita
Universidad Autónoma de Puebla
octaviohmoreno@gmail.com

Fecha de recepción: 27 de noviembre del 2012

Fecha de aceptación: 19 de diciembre del 2012

Tal como lo muestra el trabajo de Raúl Zibechi *Brasil Potencia. Entre la integración regional y un nuevo imperialismo* (2012, Bajo Tierra Ediciones, México, D.F.), el proyecto brasileño marcha por el sendero de convertirse en una potencia a nivel mundial en el siglo XXI. En este proyecto, un fundamento esencial es la organización del bloque de naciones a nivel subcontinental para formar un efectivo contrapoder a Estados Unidos, país entendido como la más reciente potencia imperialista dominante en el continente americano.

La conformación de este contrapoder antimperialista es un terreno adecuado para el avance de políticas y proyectos progresistas en la América del Sur, que en términos de inversiones y desarrollos productivos ya representa un beneficio para algunos estados vecinos de Brasil, como Bolivia, Venezuela y Argentina. Muestra de esto es que la agenda de gobierno recogida en el Núcleo de Asuntos Estratégicos incluye una serie de temas que, en un sentido amplio, pueden ser entendidos como temas de una agenda política progresista, ya que integra aspectos como: la calidad de la enseñanza, el control de la violencia y la criminalidad, el combate a la desigualdad social y el empleo.

El proyecto brasileño como potencia mundial pasa también por una lectura y análisis geopolítico y estratégico a nivel mundial, en el que aspira a liderar la conformación de un bloque sudamericano autónomo que pueda ser un poder real ante la reconfiguración del poder político económico global. Esto con la intención de impedir la incorporación subordinada de los países sudamericanos a los bloques existentes y futuros a nivel mundial, que estarán liderados por países como India, China, Sudáfrica y Alemania.

Dicho proyecto de bloque sudamericano se instrumenta políticamente a través de organizaciones supranacionales como la UNASUR y el MERCOSUR; ambas se oponen a organizaciones supranacionales controladas por el poder imperialista norteamericano como la OEA o el ALCA. Como muestra de esto, las dos instituciones han respondido activamente ante sucesos como los recientes golpes o intentos de golpes de Estado en la zona, como en los casos de Bolivia, Venezuela, Ecuador y Honduras, manifestándose en defensa de las autonomías nacionales y de la democracia. Por otro lado, su proyecto transita también por el desarrollo de esfuerzos en los cuales Brasil articule programas de desarrollo económico para estimular la financiación e integración económica de los países menores.

Sobresale, además que, desde la perspectiva de los estrategas brasileños el desarrollo de la potencia significará, en algún momento futuro, el choque con otras potencias debido a la expansión de sus respectivas áreas de influencia, así como del acceso a mercados y materias primas. Ante esto se ha planteado la implementación de una estrategia de defensa militar a nivel subcontinental y el desarrollo de una industria armamentista orientada a la defensa soberana.

Por otro lado, la legitimidad nacional interna del gobierno de Brasil y su proyecto están basados en los buenos resultados económicos del Estado brasileño, que ha podido integrar a 30 millones de personas a la clase media, así como el otorgamiento de subsidios millonarios a través del programa “Bolsa de Familia” para los grupos sociales más pobres de ese país. Muestra de esto es que las huelgas y tomas de tierra han tenido un sostenido ritmo descendiente durante los gobiernos de Lula y Rouseff, mientras que durante la década de los noventa éstas tuvieron un crecimiento exponencial. De igual manera, la alianza con la burguesía

nacionalista brasileña, el sindicalismo oficial, el PT y el oficialismo militar son muestras de la solidez y legitimidad interna de su proyecto como potencia en el siglo XXI.

La alianza del Estado brasileño con las mayores empresas del país así como con algunas multinacionales representa el respaldo económico de la organización de la potencia brasileña, que incluye un agresivo plan de industrialización, desarrollo de infraestructura a nivel del bloque sudamericano. Sin embargo, este es un aspecto central en el desarrollo actual de la potencia brasileña que, como bien percibe Zibechi, necesita de atención especial, porque en ella se encuentra el riesgo de la conformación de un poder agresivo y dominante, tanto para los propios brasileños como para los países vecinos: el riesgo de la conformación de un “imperialismo” brasileño y la creación de su “patio trasero” sudamericano.

Debido a este riesgo existe la necesidad de someter a control popular tanto las inversiones como el propio proyecto de expansión brasileña en su conjunto, ya que si bien en el discurso éste ha sido planteado como una plataforma antimperialista y de unión progresista sudamericana, la presencia de grandes capitales, mandos militares, y una fortalecida burocracia política brasileña son un terreno en el que puede construirse un poder excluyente, abusivo e impositivo. La ausencia de oposición y crítica al proyecto bien podrían volver al sueño de autodeterminación e integración en potencia de dominación “sureña”, como las que antes hemos visto desarrollarse en la zona.

Ante esta situación se vuelve indispensable, por parte de la sociedad civil organizada, tanto el apoyo a las iniciativas progresistas del gobierno brasileño como la crítica a sus excesos y la constante vigilancia de sus acciones. Ya que, si bien por un lado las empresas apoyadas y financiadas por el gobierno de Brasil dan pasos en dirección de una articulación mayor de las cadenas productivas y de elevación del comercio internacional, por otro lado, la agresiva expansión de capitales brasileños ya ha causado estragos en países vecinos como Ecuador y Paraguay.

Así, la participación crítica y responsable de parte de los movimientos sociales, organizaciones civiles nacionales e internacionales, así como de la sociedad brasileña en general, son una parte indispensable para

controlar a la potencia. Bien para apoyar y defender todas las políticas sociales y económicas de corte progresista, bien para criticar su mal actuar y posibles abusos. Parte de la responsabilidad de estas fuerzas sociales críticas también está en tener la capacidad de distinguir este proyecto de otros existentes en décadas pasadas y defenderlo ante las amenazas golpistas conservadoras y su posible destrucción a manos de los poderes imperialistas internacionales, todavía presentes en la zona.

Se trataría de ensanchar el potencial transformador y progresista del proyecto, no de dinamitarlo desde dentro y ser un apoyo a grupos nacionales e internacionales que desearían volver a ver a Sudamérica como un mero botín de los imperialismos del norte. Muestra de esto es que, como también apunta Zibechi, el poder brasileño en ningún momento se ha mostrado como un gobierno abiertamente autoritario y que, aun dentro de los límites de las diferencias con la oposición interna y externa, éste ha sido respetuoso de la diversidad y la libertad para propulsar proyectos políticos alternativos a los ya existentes. En consecuencia, buscar la destrucción del proyecto brasileño podría resultar en apostar a la autodestrucción de la diversidad que hoy puebla Sudamérica.